

**Carlos M. Vilas**

## **El sujeto de la insurrección popular sandinista\***

---

Una de las cuestiones llamativas de las guerras de liberación y las revoluciones sociales del Tercer Mundo, es que las luchas por profundas transformaciones sociales e, incluso, por un horizonte socialista, no tienen como fuerza principal a un partido proletario o a organizaciones donde la clase obrera es el elemento principal. Generalmente el protagonista fundamental de estos movimientos es un complejo conjunto de clases y grupos populares —artesanos, campesinos, semiproletarios, jóvenes de la ciudad y del campo— donde la clase obrera no siempre es el componente mayoritario, ni asume tampoco los rasgos que convencionalmente se consideran *clásicos*: urbanización, industrialización, salarización generalizada.

Este perfil Social obedece en definitiva al modo en que el capitalismo se desarrolló en estos países, articulándose a formas no capitalistas de producción y circulación, a las que subordinó pero sin eliminar plenamente. En estas condiciones el tránsito de lo popular a lo proletario, la planificación de la hegemonía popular en el campo democrático como hegemonía obrera en el campo popular, se presentan como dimensiones de un complejo proceso de etapas diferenciadas pero orgánicamente entrelazadas en un movimiento de profundización ininterrumpida de la revolución.

Este ensayo presenta una caracterización del sujeto social de la insurrección popular con que culminó la Revolución Sandinista en 1979. Entiende por *sujeto social* al participante real de la insurrección, como síntesis de determinaciones socioeconómicas: de clase, ocupacionales, familiares y otras.

En la primera parte se plantea de manera general el carácter proletario/popular de las masas trabajadoras en ciertas etapas del desarrollo capitalista, identificándose en la segunda el modo en que estas masas fueron conformadas por el tipo de capitalismo agroindustrial dependiente desarrollado en Nicaragua. La tercera parte presenta el perfil concreto del sujeto social de la insurrección, a partir de una masa de información que hasta el momento nunca había sido trabajada. En la cuarta parte se analizan algunos aspectos de la

articulación de ese sujeto social con la vanguardia política en el proceso insurreccional. Finalmente, se discute brevemente la gravitación posible de estos aspectos en el desarrollo futuro de la Revolución.

## 1. PLANTEAMIENTO GENERAL

El modo en que el capitalismo se ha desarrollado en América Latina —como efecto del proceso de inserción del continente en la dominación imperialista y en la división internacional del trabajo producto de ella— tuvo expresiones claras en las luchas sociales y

---

\* Presentado en el XV Congreso Latinoamericano de Sociología “Simón Bolívar”, Managua, octubre de 1983.

políticas y en la estructura de clases; en la identidad social de sus actores y en las modalidades asumidas por su constitución como sujetos de la práctica política. La manera en que el capitalismo subordinó a los otros modos y formas de producción en la periferia de- terminó la conjugación de las clases, fracciones y grupos expresión de aquél y éstos. Entre el campesino llamado “tradicional”, integrado a una economía mercantil simple, y el proletariado agrícola o industrial “liberado” de toda apropiación directa de un fondo de consumo y de los medios de producción, se desenvuelve una amplia y polifacética matriz de situaciones y tipos de agentes de la producción y la circulación que son efecto de grados diversos de proletarización en coexistencia y articulación con formas de vinculación directa a la tierra, a instrumentos de trabajo, a ciertos excedentes monetarios, a un fondo de reproducción. Más aún: muchos de esos agentes son portadores de modalidades de inserción en el proceso de producción/circulación que se alternan, suceden y recurren en el tiempo y en el espacio.

La subordinación de formas “anteriores”<sup>1</sup> de producción al capitalismo no significa necesariamente predominio cuantitativo de éste (por ejemplo en términos de la proporción del producto generado en unas y otras formas de producción, de la fuerza de trabajo ocupada, y criterios similares). La primacía del capitalismo se manifiesta por su capacidad

---

1 El entrecomillado se debe a que se trata de formas de producción anteriores en el tiempo al capitalismo, pero que éste no desplaza, sino que integra a su propia dinámica y por lo tanto *reproduce*.

para determinar las condiciones generales de la producción en la formación social y para fijar la orientación y la dinámica global del sistema productivo y su articulación subordinada al proceso de valorización del capital en escala transnacional. El desarrollo histórico del capitalismo dependiente indica que este proceso es compatible, por lo menos durante cierto trayecto, con una presencia del capital más marcada en el plano de la circulación que en el ámbito de la producción, y que la conceptualización estática del capitalismo como industrialización productiva y salarización de la fuerza de trabajo puede ser poco adecuada para una caracterización acertada de las formaciones periféricas de la región. Ni una reducida proletarización/salarización de la fuerza de trabajo desvirtúa necesariamente el carácter capitalista de la formación económico-social, ni la dominación capitalista en la formación económico-social implica necesariamente una proletarización total o muy amplia de la fuerza de trabajo.

Más aún: la presencia de la pequeña propiedad y en general de diversas formas de vinculación directa del trabajador a medios e instrumentos de producción y a un fondo familiar de reproducción, su inserción en formas no asalariadas de producción, etcétera, no siempre son resultado de la “sobrevivencia” de formas de producción “atrasadas” que el capitalismo tolera o necesita hoy pero habrá de superar mañana; por lo tanto, clases y fracciones también ellas atrasadas, carentes de iniciativa y de conciencia de sus intereses. El modo en que el capital monopolista ha venido desarrollándose en la región en las últimas tres décadas demuestra que nuevas formas de campesinado, pequeña producción domiciliaria, etcétera, han sido creadas por su propia expansión, y que difícilmente podrían ser tildadas de precapitalistas por sus modalidades de producción, o de tradicionales por sus orientaciones ideológicas.<sup>2</sup>

El proletariado de muchas formaciones económico-sociales del capitalismo dependiente puede constituir así una fracción reducida de las clases dominadas. La clase obrera se encuentra sumergida en una muchedumbre de campesinos, pobres de la ciudad y del campo, gentes de oficio, trabajadores domiciliarios, artesanos, trabajadores estacionales, gentes sin un lugar bajo el sol, y no siempre diferenciada plenamente de ella. Para muchos

---

<sup>2</sup> Cf. por ejemplo C. M. Vilas, “Campesinos y plantaciones en la agricultura del Caribe”, *Estudios Sociales Centroamericanos*, n. 29, mayo-agosto, 1981, pp. 79-90; C. von Werdt y H. P. Neuhoff, “The Combination of Different Production Relations on the Basis of Nonproletarianization: Agrarian Production in Yaracuy, Venezuela”, *Latin American Perspectives*, n. 34, verano de 1982, pp. 79-100.

de estos agentes, además, el momento de la producción, el de la circulación y el de la realización tampoco están completamente diferenciados, evidenciando una división social del trabajo poco desarrollada que plantea elementos adicionales de complejidad y fluidez al tejido social.

En la medida en que el capitalismo se presenta como el modo de producción dominante en la formación periférica, pero articulado a otras formas y modos de producción, la contradicción fundamental del capitalismo —contradicción burguesía/proletariado— se expresa como contradicción clases dominantes/clases dominadas. El eje antagónico burguesía/proletariado se conjuga como contradicción dominante con las contradicciones que relacionan y oponen a las clases, grupos y fracciones que son expresión de los modos y formas de producción subordinados al capital en esa misma formación. De la misma manera que las relaciones capitalistas “iluminan” toda la formación económico-social (Marx), así también la contradicción fundamental de las relaciones de producción capitalistas sobredetermina a la contradicción clases dominantes/clases dominadas.<sup>3</sup> Pero no es éste un proceso automático o mecánico, ni necesariamente rápido. Se desenvuelve a través de luchas intensas en las que el peso cuantitativo de los actores no siempre es el factor determinante, y de la formulación y reformulación de alianzas y antagonismos en los que la contradicción fundamental está presente en el sentido estructural y en el horizonte de las luchas, pero no siempre en la fisonomía empírica de las batallas concretas.

Tampoco se trata de un proceso que se confine al ámbito material de la estructura productiva. La situación en la esfera de la producción/circulación constituye solamente el punto de partida de la diferenciación clasista de la sociedad. Las clases se constituyen como sujetos colectivos de acción social en el terreno político-ideológico, y lo hacen en un proceso que no es sólo de toma de conciencia y rechazo de su explotación económica, sino también de vivencia y repudio de su opresión política. Esto no quiere decir empero que la opresión política se viva como un apéndice de la explotación material en un doble proceso —lo económico por un lado, lo político por el otro— que se conjuga como recíproca

---

<sup>3</sup> En otros términos: dada la subordinación de los sistemas de producción de los que el artesano, el campesinado “tradicional”, etcétera, son producto, el eje antagónico tenderá a polarizarse alrededor de campos contradictorios de intereses de clases constituidos respectivamente por la burguesía y por el proletariado, pero que incorporan, articulados a los intereses de la clase fundamental de cada campo, los intereses y las reivindicaciones de los agentes que son expresión de los modos y formas subordinadas o secundarias de producción, o de los ámbitos de la actividad no productiva.

externalidad. Al contrario: las clases dominadas toman conciencia de esa explotación en el marco de la dominación política que la procesa y encubre.<sup>4</sup>

La contradicción clases dominantes/clases dominadas se expresa en el plano político-ideológico de las formaciones dependientes como contradicción Estado-nación/pueblo-nación. El aparato del Estado —diferenciado institucionalmente del polo dominante de la sociedad civil o sumergido de diversas maneras en él— constituye el ámbito de contacto material de las clases dominadas con el poder —económico, político— militar, cultural-dominante: ejército, policía, tribunales... Si el poder político encubre y defiende la explotación económica, es a través del enfrentamiento con él que se avanza hacia la eliminación de ésta.

Al mismo tiempo la articulación dependiente de la formación económico-social al proceso transnacional de valorización del capital se expresa en el modo en que se plantea la cuestión nacional. El Estado no es solamente la condensación político-institucional de una dominación de clase antipopular, sino la expresión de la subordinación al exterior e instrumento de ésta. La nación como forma ideológica de la articulación de la clase dominante local con la dominación internacional del imperialismo, se enfrenta a la nación como proyecto de lucha antimperialista de las clases populares: la soberanía nacional

---

4 “Lo importante de destacar aquí es que inmediatamente que se fundaban estas organizaciones, sus afiliados evidenciaban que a ellas los habían llevado al mismo tiempo un interés gremial y reivindicativo y un interés político. Muchas veces antes de que nosotros comenzáramos a plantear tímidamente la lucha futura de un sindicato dado en pos de mejores salarios o de mejor trato y alimentación, los campesinos decían que lo mejor era ir pensando en cómo defender al sindicato dado de las persecuciones y tropelías de los jueces, alcaldes y cuerpos armados y, mejor aún, planificar los medios por los cuales la organización podría ayudar a obtener autoridades propias de los obreros y los campesinos en los cargos públicos de la zona y, si era posible, del Departamento y si se podía, de todo el país”. R. Dalton, *Miguel Mármol*, EDUCA, San José, 1972, pp. 130-31. Esto no es una peculiaridad de las luchas sociales del capitalismo periférico. En su estudio del desarrollo de la clase obrera inglesa Thompson señala: “La formación de la clase obrera es tanto un hecho de la historia política y cultural como de la historia económica. No fue la resultante espontánea del sistema fabril ni debería pensarse en una fuerza externa —la ‘revolución industrial’— operando sobre una materia prima humana no diferenciada y transformándola al final del proceso en una ‘nueva raza de seres’ [...]. La clase obrera se produjo a sí misma tanto como fue producida”. “Al final, es el contexto político tanto como la máquina de vapor, lo que ha tenido mayor influencia en la configuración de la conciencia y las instituciones de la clase obrera.” E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, Nueva York, 1963, pp. 194 y 197. Cf. también H. Duncker, *Historia del movimiento obrero*, ed. de Cultura Popular, México, 1980; W. Abendroth, *Historia social del movimiento obrero europeo*, Laia, Barcelona, 1975. Como señala Rosa Luxemburgo, “No existen dos luchas distintas de la clase obrera, una económica y otra política; existe sólo una *única lucha* que tiende simultáneamente a limitar la explotación capitalista dentro de la sociedad burguesa y a suprimir la explotación capitalista y al mismo tiempo la sociedad burguesa”. *Obras escogidas*, ed. Era, México, 1978, t. I, p. 364.

aparece aquí como atributo y corolario de la emancipación social.<sup>5</sup>

Tampoco se está en presencia aquí de un fenómeno instantáneo. Del mismo modo que no hay un mecanismo de conversión automática del campesino o del artesano en proletario, sino un largo, complejo y contradictorio proceso de *proletarización* que puede extenderse por generaciones, la toma de conciencia de la común condición de opresión y explotación de un poder dominante de clase —el proceso de constitución de los grupos y fracciones subordinados en *clase*— es no menos compleja y contradictoria. Pero en todos los casos se desenvuelve y avanza en la lucha. El pueblo como realidad histórica y como concepto teórico es producto de la lucha: de las mil formas de protesta, movilizaciones, revueltas, con que las clases dominadas se resisten a la explotación económica y la opresión política, a la miseria y el absolutismo, a la imposición cultural, en un proceso de constitución como sujeto político que no tiene lugar al margen del sistema de dominación sino dentro de él, y en el que expresan su identidad y su voluntad de emancipación.

Es éste un proceso histórico: no en el sentido trivial de temporalidad (todo proceso es, desde este punto de vista, histórico) sino en el sentido que está sujeto a la propia actividad de las clases populares y al modo en que ellas lo perciben. Vale decir, un proceso en el que tan importantes como el movimiento de la estructura son las vivencias, las percepciones, las experiencias, las formas organizativas, el modo en que la estructura se vive en la conciencia de la gente; en resumen: lo político-ideológico.<sup>6</sup>

La pequeña magnitud de la clase obrera y su diferenciación no acabada respecto del artesanado, el campesinado y otros, contribuyen a explicar que en estas etapas del desarrollo capitalista lo que frecuentemente se denomina *proletariado* tenga en muchos casos más puntos de contacto con los *pobres* de la ciudad y del campo que con una clase obrera industrial o incluso agrícola; lo que en otras épocas también se llamaba *pueblo bajo*. En estas sociedades la caracterización del proletariado suele apoyarse en rasgos objetivos

---

5 El tema es tratado más extensamente en c. M. Vilas, “Hipótesis sobre liberación nacional y liberación social en la etapa actual del imperialismo”, *Estudios Sociales Centroamericanos*, n. 27, septiembre- diciembre de 1980, pp. 99-127.

6 O sea lo que Gramsci llamó el paso “de la necesidad a la libertad”, “de lo objetivo a lo subjetivo”. “El pasaje del momento meramente económico [...] al momento ético-político, es decir, la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres”. “Los hombres tornan conciencia de los conflictos de la estructura en el terreno de las ideologías.” A. Gramsci, *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Riuniti, Roma, 1977, pp. 48 y 47.

que no son propiamente proletarios desde la perspectiva de la situación de los agentes en la esfera de la producción, aunque sí lo sean desde la óptica general de su condición de clases oprimidas y explotadas por las clases dominantes, y en el sentido tradicional y permanente de clases desposeídas.

La participación predominante de los artesanos en las etapas iniciales de las luchas laborales es de sobra conocida.<sup>7</sup> Aquí se desea destacar, por las proyecciones que se señalarán en su momento, la caracterización de este heterogéneo conjunto social —unificado más por la subordinación política y por la pobreza que por la similar incorporación en el proceso de producción— como proletariado. Por ejemplo:

[...] un grupo de carpinteros, sastres, tejedores manuales, zapateros y activistas de la Liga Inquilinaria (que se había desarrollado paralelamente al movimiento sindical) comenzamos a coincidir en las posiciones comunistas. [...] Con grandes dificultades a causa principalmente del atraso en el nivel ideológico de todo el movimiento, comenzó a plantearse la lucha por la dirección del proletariado salvadoreño organizado. Desde el punto de vista de su influencia real entre las masas, la Regional tuvo éxito desde sus comienzos y rápidamente aglutinó en su seno a los sindicatos de mecánicos, motoristas, textiles, zapateros, panaderos, vendedores ambulantes, carpinteros, sastres, albañiles, barberos, hojalateros, saloneros, ferrocarrileros y, lo que era importantísimo, también a los sindicatos de fincas, que estaban formados por los proletarios [...] y los campesinos más pobres, y a los llamados Sindicatos de Oficios Varios, urbanos y suburbanos [...] es decir sindicatos mixtos tanto por las diversas ramas de la producción de las cuales provenían los afiliados como porque en ellos entraban indistintamente obreros urbanos, artesanos y proletarios agrícolas.<sup>8</sup>

---

7 Cf. por ejemplo E. J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estadios de historia de la clase obrera*, ed. Crítica, Barcelona, 1979; H. A. Spalding, *Organized Labor in Latin America*, New York University Press, Nueva York, 1977.

8 R. Dalton, op. cit., pp. 143-44. Páginas más adelante Mármol, uno de los primeros luchadores comunistas de su país, menciona la primera dirección política del recién creado Partido Comunista de El Salvador y de organismos colaterales; figuran allí dos carpinteros, tres zapateros, dos albañiles, dos tipógrafos y dos profesores: situación que no obsta para que al mismo tiempo afirme que “nuestro Partido Comunista es hijo de la clase obrera salvadoreña [...]; salió de las entrañas mismas de nuestra clase obrera”, pp. 155 y 157.

Proletario es aquí *trabajador pobre* —independientemente de su efectiva “liberación” respecto de los medios e instrumentos de producción y de un fondo de consumo, y aunque en su actividad la circulación y la realización de las mercancías formen un todo con la etapa de la producción—, subordinado, de manera más *formal* que *real*, al capital.

Tampoco es ésta una *peculiaridad* del capitalismo dependiente, sino más bien un elemento constitutivo de los momentos iniciales del desarrollo del capitalismo y de la clase obrera. En la Alemania de la década de 1840, por ejemplo, el uso del vocablo *proletariado* todavía era vago y suficientemente elástico para servir a una amplia variedad de situaciones. Según Barrington Moore:

Proletarios podían ser tanto habitantes del campo como de poblados y ciudades. Era, además, gente desarraigada y carente de un lugar reconocido, o plenamente reconocido, en el sistema de status existente. De ahí que a veces se incluyera en el proletariado a gente dedicada a la educación o al arte. Otras veces se incluía a jornaleros, artesanos independientes, y pequeños comerciantes. La marginalidad era otro rasgo importante; eran marginales en el sentido de ser expulsados del orden de status tradicional, y también en el sentido de ser muy pobres. Pero *no eran* marginales en el sentido de no desempeñar un papel significativo en la economía. Las clases superiores dependían de ellos para el desenvolvimiento de una amplia variedad de tareas esenciales para el funcionamiento de la economía. Estas tareas estaban pagadas pobremente, y requerían poca o ninguna calificación. Tenían además poca o ninguna propiedad —en la mayoría de los casos de las ciudades, ninguna. Tenían que vivir de trabajos pobremente pagados. Muy probablemente su empleo era sumamente irregular y dependía de las alzas y bajas de un ciclo económico muy impredecible.<sup>9</sup>

En el resto de Europa la situación no fue distinta. De acuerdo a Hobsbawm la expresión *clase trabajadora* aparece en Inglaterra hacia 1810 y en Francia después de 1830, haciendo referencia a un movimiento laboral que

no fue ni por su composición ni por su ideología y su programa un movimiento

---

9 B. Moore Jr., *Injustice. The Social Bases of Obedience and Revote*, M. E. Sharpe, White Plains, Nueva York, 1978, p. 134; cf. también pp. 137-38.

estrictamente “proletario”, es decir, de trabajadores industriales o jornaleros. Fue, más bien, un frente común de todas las fuerzas y tendencias que representaban a los trabajadores pobres, principalmente a los urbanos.<sup>10</sup>

Señalemos finalmente que más de dos quintos de los miembros destacados y fundadores de la Asociación Internacional de Trabajadores (la *Primera Internacional*, creada en 1864) eran artesanos y gentes de oficio, y sólo 20% eran obreros o trabajadores no artesanales (véase el Cuadro 1).

---

10 “Semejante frente común existía hacía tiempo —prosigue Hobsbawm—, pero desde la Revolución francesa la clase media liberal y radical le proporcionaba inspiración y jefes. [...] el ‘jacobinismo’ y no el ‘sans-culotismo’ (y mucho menos las aspiraciones de los proletarios) fue lo que dio unidad a la tradición popular parisina.” “La jefatura del nuevo movimiento reflejaba un estado de cosas parecido. Los trabajadores pobres más activos, militantes y políticamente conscientes, no eran los nuevos proletarios de las factorías, sino los maestros artífices, los artesanos independientes, los trabajadores a domicilio en pequeña escala y algunos que trabajaban y vivían como antes de la revolución industrial. Las primeras uniones de trabajadores las formaron casi invariablemente impresores, sombrereros, sastres, etcétera. El núcleo de los jefes del cartismo, en una ciudad como Leeds, lo formaron un ebanista convertido en tejedor de mano, un par de oficiales de imprenta, un librero y un cardador. Los hombres que adoptaron las doctrinas cooperativistas de Owen eran, en su mayor parte, artesanos, mecánicos y trabajadores manuales. Los primeros trabajadores comunistas alemanes fueron buhoneros, sastres, ebanistas, impresores. Los hombres que en el París de 1848 se alzaron contra la burguesía fueron los habitantes del viejo barrio artesano Saint-Antoine y todavía no (como en la Comuna de 1871) los del proletario barrio de Bellevine.” E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, Weidenfeld & Nicolson, 1962, Londres, cap. XI. Similar era la composición de los motines populares de fines del siglo XVIII en Inglaterra: “En Witney encontramos informes contra un tejedor de mantas, un sastre, la mujer de un vendedor de bebidas alcohólicas y un criado; en Saffron-Walden (Essex) acusaciones contra dos cabestreros, un zapatero, un albañil, un carpintero, un aserrador, un trabajador de estambre, y nueve labradores; en varias aldeas de Devonshire [...] se acusa a un hilandero, dos tejedores, un cardador de lana, un zapatero, un bordador y diez trabajadores; [...] un carpintero, un cantero, un aserrador y siete labradores”. Cf. E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, ed. Crítica, Barcelona, 1979, p. 112. De acuerdo a una investigación, el mayor éxito organizativo bolchevique en Moscú antes de la primera guerra mundial tuvo lugar en el sector artesano de la economía y no en las grandes plantas industriales con gran cantidad de obreros: cf. V. Bonnell, *The Politics of Labor in Pre-Revolutionary Russia: Moscow Worker's Organization, 1905-1914*, Harvard University, 1975, apud B. Moore Jr., op. cit., p. 363.

Cuadro I

PERFIL OCUPACIONAL DE FUNDADORES, DIRECTIVOS Y MIEMBROS DESTACADOS DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORES, HACIA 1870

<i>Ocupación</i>	<i>Número</i>	<i>%</i>
<i>Artisanos y gentes de oficio</i> (10 zapateros, 7 sastres, 6 carpinteros, 5 pintores, 5 grabadores, 5 mecánicos, 3 relojeros, 3 tipógrafos, 3 encuadernadores, 2 panaderos, 1 mueblero, 1 fabricante de instrumentos musicales, 1 peluquero, 1 cerrajero, 1 orfebre, 1 estuquista)	55	43
<i>Periodistas, escritores, políticos</i>	27	21
<i>Obreros y sindicalistas</i>	26	20
<i>Profesionales</i> (2 ingenieros, 2 historiadores, 2 maestros, 2 filósofos, 2 médicos, 2 juristas, 2 arquitectos)	14	11
<i>Otros</i> (2 ex militares, 2 comerciantes, 1 Juez, 1 artista)*	6	5
<b>TOTAL</b>	<b>128</b>	<b>100</b>
<i>Sin información</i>	61	
<b>GRAN TOTAL</b>	<b>189</b>	

\*No incluye dos espías infiltrados en la membresía de la AIT por los servicios policiales de Inglaterra y Francia.

FUENTE: Elaboración propia sobre la base de la información biográfica contenida en S. Padover (ed.), *Karl Marx on the First International*, McGraw-Hill, Nueva York, 1973, pp. 589-603.

Nos hemos detenido en estas referencias porque son útiles para colocar en debida perspectiva la cuestión de la formación de la clase obrera en el capitalismo latinoamericano, y salirle al paso a cierta tendencia a enfocar las luchas sociales que se escenifican en él como un conjunto de peculiaridades respecto del desenvolvimiento capitalista llamado *clásico*. La especificidad de las formaciones latinoamericanas no consiste en la heterogeneidad de lo que genéricamente se denomina *proletariado* y en la magnitud exigua de la clase obrera propiamente tal en muchas de esas formaciones, sino en la circunstancia decisiva de que esta situación tiene lugar *en plena etapa de dominación del capital monopolista y de transnacionalización del ciclo del capital*, enfrentando el incipiente movimiento obrero, así constituido, no al capital concurrencial de una novel burguesía nacional, pujante y hasta demócrata a su manera, sino a un bloque de poder hegemonizado por el imperialismo que articula en su dominación a ciertos grupos y fracciones de las clases dominantes locales, y cuyas formas de dominación política consisten, salvo excepciones, en variantes del autoritarismo y el estado de excepción.

Al mismo tiempo esta marcada diversidad de grupos y fracciones dominadas incide en el modo en que se formula y se desenvuelve la lucha contra el orden social imperante, planteando el espacio objetivo para que proyectos aparentemente similares e interpelaciones ideológicas dirigidas hacia el mismo espectro de agentes, tengan en la práctica alcances y proyecciones desiguales, y crea condiciones para el desarrollo de contradicciones y eventualmente enfrentamientos en el seno de este campo de fuerzas, por la orientación efectiva, las características reales y la conducción política de las luchas sociales.<sup>11</sup> Buena parte de los desencuentros y el aislamiento de la izquierda latinoamericana se origina en la elaboración de paradigmas sociales a partir de los intereses y la óptica de fracciones y clases que, sin perjuicio de su común pertenencia al campo nacional-popular, se encuentran recíprocamente diferenciados por la materialidad de sus bases estructurales y por el modo como ellos se viven en el terreno ideológico. El proletariado propiamente tal, el campesinado, la pequeña burguesía pobre de las ciudades, son otros tantos ejes de articulación del campo nacional-popular en torno a los cuales se proyectan formas alternativas de organización social que no por su común enmarcamiento popular implican identidad de horizontes o de estrategias.

---

<sup>11</sup> Véase por ejemplo V. I. Lenin “Socialismo pequeñoburgués y socialismo proletario” (12 de noviembre de 1905), en la recopilación breve *El socialismo y el campesinado*, ed. Progreso, Moscú, 1980.

En estas condiciones, no debe extrañar que los agentes de tales paradigmas no se sientan aludidos, o no se reconozcan, en las interpelaciones que se dirigen genéricamente hacia ellos.

## 2. PRODUCCIÓN Y CLASES EN EL CAPITALISMO NICARAGÜENSE

Nicaragua se inscribe con rasgos propios en este panorama general. Incorporada al mercado internacional junto al resto de la región como exportador de materias primas, el desarrollo de sus fuerzas productivas y de la organización capitalista de la producción fue muy lento, y de escasa relevancia, hasta prácticamente la década de 1950. Las inversiones imperialistas fueron de monto reducido en comparación a las que se llevaron a cabo en los otros países del istmo. El enclave de plantación no revistió la magnitud o la gravitación estructural que registró en Honduras, Panamá, Costa Rica o Guatemala, y la explotación minera tuvo relevancia escasa y relativamente breve; tampoco hubo grandes inversiones en infraestructura, como las que se efectuaron en Panamá. En consecuencia tampoco se desarrollaron grandes concentraciones obreras como las que hubo en esos países en torno a los polos de actividad imperialista.

El desarrollo cafetalero desde fines del siglo pasado, y sobre todo en el periodo 1920-40, impulsó la formación de una burguesía agraria y la constitución progresiva de un proletariado agrícola, limitado éste, empero, por la baja densidad de población, por la existencia de una amplia frontera agrícola y por el carácter estacional de buena parte del empleo. La proletarización de la fuerza de trabajo por la expropiación del campesinado estuvo acotada por estos elementos y fue, hasta mediados del siglo actual, un movimiento relativamente reducido, en el cual la temporada de empleo asalariado alternaba con la subsistencia en pequeñas parcelas, en lo que ha sido denominado “asalariado marginal”.<sup>12</sup>

---

12 “A medida que se iba formando lentamente una fuerza trabajadora que tuviera que depender de formas de salario para lograr la subsistencia, al dueño de la tierra se le hizo imprescindible crear, entre tanto, su propia base laboral. Para ello propició distintas formas de asentamiento de familias campesinas que a cambio de utilizar pequeñas parcelas dentro del latifundio, se comprometían a realizar todas las tareas propias del giro agrícola de la hacienda. Esto ocurrió de manera generalizada en las plantaciones cafetaleras. El patrón o dueño de la tierra era reconocido como el verdadero propietario, de tal modo que el asentado o parcelero se ataba a obligaciones de trabajo no remunerado o pagado sólo parcialmente: el uso de la tierra representaba un débito que debía retornar al propietario mediante la renta en trabajo. Estas vinculaciones de tipo aún más servil que las del ‘mercado libre’, no solamente alcanzaban a obligar al jefe de la familia asentada sino a todos aquellos miembros en capacidad de realizar una actividad productiva, especialmente en el periodo de corte de

El auge algodonero y posteriormente la expansión ganadera aceleraron este proceso. El censo de población de 1971 cifró el proletariado rural permanente en casi 110 mil trabajadores, o sea 42% de la PEA del sector, indicando la profundidad y celeridad de las transformaciones capitalistas experimentadas en las décadas de 1950 y 1960.

Junto a este proletariado existe una masa de semiproletarios, minifundistas cuyas parcelas no alcanzan para subvenir las necesidades de reproducción de la unidad familiar, y que deben vender su fuerza de trabajo a otros productores. A fines de los años setenta se los estimaba en unos 170 mil: alrededor de un tercio de la PEA rural. En esta fracción, la estacionalidad del empleo asalariado y la falta de tierra suficiente se conjugan y repercuten llevando a los trabajadores

a sufrir de forma estructural un proceso de *proletarización-desproletarización*, o mejor dicho, ésta es una de las formas peculiares del proceso de proletarización del modelo capitalista agroexportador.<sup>13</sup>

La configuración de la estructura productiva dependiente de unos pocos cultivos de exportación repercutió en la población trabajadora, además, induciéndola a movimientos migratorios en función del calendario de cosechas y del emplazamiento espacial de las actividades agrícolas. A comienzos de los años sesenta el flujo de migración temporal para las cosechas de café, algodón y caña de azúcar se estimaba entre 63 mil y 120 mil personas por año, y en 1970 en alrededor de 200 mil: casi 75% de la población ocupada en el agro.<sup>14</sup>

Hasta fines del decenio de 1950 el capitalismo se desarrolló, así, fundamentalmente en el campo, articulado a formas mercantil-simples de producción, impulsando un proceso lento y estacional de proletarización de la fuerza de trabajo. En la década siguiente el panorama cambió, pero sin alterar la primacía dinámica de la agroexportación. La creación del Mercado Común Centroamericano abrió la economía nicaragüense a un movimiento de

---

café. [...] estos mozos colonos, asentados, trabajadores serviles, precaristas, pertenecen a su vez a un cuadro laboral más complejo cuyo denominador común es la forma asalariada marginal por la que se encuentran atados.” Cf. J. Wheelock, *Imperialismo y dictadura*, ed. Siglo XXI, México, 1979, pp. 71-72.

13 O. Núñez, *El somocismo: desarrollo y contradicciones del modelo capitalista agroexportador en Nicaragua (1950-1975)*, Centro de Estudios sobre América, La Habana, abril de 1980, p. 39.

14 Ibid., p. 47.

inversiones industriales en plantas de montaje y elaboración de productos de origen agropecuario. Su carácter limitado, sin embargo, contribuyó poco a la introducción de modificaciones en el funcionamiento general de la economía urbana, que siguió caracterizada por el gran peso del comercio y los servicios y, en particular, por una enorme cantidad de pequeñas unidades de actividad.

La participación de la industria en el PIE subió del 16% en 1960 a 22% en 1970. El capital extranjero incrementó rápidamente su presencia en el sector, y en general en el conjunto de la economía; la inversión directa creció de \$18.7 millones en 1959 a \$ 76.3 millones en 1969. En el sector industrial el salto fue más pronunciado: de apenas \$ 5.3 millones en el primer año (28% de toda la inversión directa) a \$41 millones (casi 55% del total).<sup>15</sup> La irrupción de la industria y, con ella, del capital extranjero no alcanzó empero para cambiar significativamente el paisaje socioeconómico urbano. Una enorme cantidad de pequeños establecimientos, muchos de ellos simples talleres artesanales, coexisten con unos pocos grandes establecimientos fabriles. Todavía en 1979 el 73% de los establecimientos industriales ocupaba menos de treinta trabajadores cada uno, y la mitad de ellos, menos de diez. En dos décadas la diversificación de la producción industrial fue mínima. En 1979 la elaboración de alimentos, bebidas y tabaco daba cuenta de 60% del valor agregado industrial total, prácticamente lo mismo que en 1969 (63%).<sup>16</sup>

La ampliación del parque industrial tampoco significó una modificación del perfil dominante de actividad económica de la población. La PEA industrial bajó de 27% del total a principios de la década del 60 a 20% en 1971; consiguientemente el comercio y los servicios incrementaron su PEA conjunta de 55% del total a 65%. El sector terciario continuó albergando, aunque con limitaciones marcadas, al crecimiento poblacional de las ciudades y, sobre todo, de Managua.

Entre 1950 y 1971 Managua casi cuadruplicó su población, pasando de algo menos de 110 mil habitantes a casi 400 mil. La falta de sectores productivos que dieran empleo a esta masa creciente de población, la carencia de infraestructura, etcétera, aceleraron la

---

15 Cf. M. A. De Franco y C. F. Chamorro "Nicaragua: crecimiento Industrial y desempleo", en *El fracaso social de la integración en Centroamérica*, EDUCA, San José, 1979, 94:113.

16 INEC, *Encuesta anual de la industria manufacturera*, 1979, y M. A. de Franco y Ma. Hurtado de Vigil, "Algunos aspectos del funcionamiento socio-económico de Nicaragua", *Revista del Pensamiento Centroamericano*, 159, abril-junio de 1978, 37:104.

tugurización de la ciudad e introdujeron elementos de refuerzo a la *terciarización* de la vida urbana y a las condiciones paupérrimas de existencia para la mayoría de la población.

El terremoto de diciembre de 1972 complicó aún más este panorama urbano y ahondó su desarticulación general. Además de los miles de muertos y heridos, la catástrofe dejó sin trabajo a casi 52 mil personas (57% de la PEA de la ciudad) y forzó el desplazamiento de unas 250 mil: 60% de la población total de Managua. 27 km<sup>2</sup> de ciudad resultaron afectados, con 13 km<sup>2</sup> totalmente destruidos y 14 km<sup>2</sup> dañados, incluyendo la mayor parte del sistema de alcantarillado y de distribución de agua y luz. 75% de las unidades de vivienda familiar quedaron destruidas, la mayoría perteneciente a familias de ingresos medios y bajos. 95% de los talleres y fábricas pequeñas (carpinterías, imprentas, zapaterías...) y once fábricas grandes se perdieron o sufrieron daños serios. Lo mismo ocurrió con 400 mil m<sup>2</sup> de edificios comerciales y bodegas y con 340 mil m<sup>2</sup> de oficinas públicas y privadas. Cuatro hospitales con 1 650 camas se perdieron o dañaron seriamente, y 740 aulas de escuela resultaron inutilizadas.<sup>17</sup> La catástrofe dejó en la calle a las masas trabajadoras de la ciudad: sin casa, sin trabajo, sin pertenencias personales, con una tremenda tensión emocional, a merced de la arbitrariedad y la prepotencia de la Guardia Nacional de la dictadura.<sup>18</sup>

## Cuadro II

---

17 Cf. INCAE, *Consecuencias económicas del terremoto de Managua*, Managua, doc NI/PI/001, 1973.

18 “Después de la catástrofe que hubo, se vio la cantidad de muertos, de niños, de madres, la escasez de alimentos, de agua No hubo protección de parte de nuestras autoridades de esta época, de la dictadura somocista. Estas personas se dedicaron más bien a tomar todo lo que venía en ayuda de Nicaragua y nosotros prácticamente andábamos desnudos, nos dejaban sin amparo. [...] Nosotras fuimos a Chinandega y llegamos a una escuela donde estaba bastante gente de Managua. La gente en estos días estaba traumatizada, nerviosa, enferma, y en vez de llegar a dar un aliento se nos llegaron los guardias a decir que tenemos que trabajar, ya que no podíamos vivir allí toda la vida. [...] Nos dieron veinticuatro horas para lanzamos y tuvimos que desocupar y dormir en la calle. La misma Guardia nos sacó. Dormimos en las calles hasta que cada uno podía encontrar dónde ir a meterse, ya por su cuenta. Decían que estaban haciendo unas casas para los damnificados pero todo era promesa; las casas se las daban a las personas más allegadas a ellos. No eran para todos los pobres. [...] La situación terrible en que vivíamos, de andar ambulando sin techo, duró casi un año. [...] Nos engañaron aquí porque nunca se nos hizo nada. Aquí ha sido criadero de cucarachas, de ratones, de todo. Aquí hay paludismo, hay mucha pobreza.” Testimonio recogido por E. Maier, *Nicaragua. La mujer en la revolución*, ed. de Cultura Popular, México, 1980, pp. 31-32. La ayuda internacional, estimada en 250 millones de dólares, fue a parar a los bolsillos de Somoza y de sus parientes y colaboradores más cercanos: cf. G. Black, *Triumph of the People*, Zed Press, Londres, 1981, pp. 58 ss.

EMPLEO URBANO A MEDIADOS DE LA DÉCADA DE 1970, POR CATEGORÍA OCUPACIONAL (en % del total)

<i>Categorías</i>	1974 <sup>a</sup>		1975 <sup>1</sup>
	<i>Total</i> <sup>2</sup>	<i>Managua</i>	<i>Managua</i>
Profesionales y técnicos	11.0	12.1	10.7
Gerentes, administradores y directivos de la administración pública	2.9	3.3	4.0
Empleados de oficina y afines	11.0	12.2	15.8
Comerciantes, vendedores y afines	14.4	14.0	15.4
Agricultores, ganaderos y afines	2.2	0.8	1.1
Conductores de medios de transporte y afines	6.6	6.2	6.3
Artesanos, operarios y otros (hilanderas, modistas, carpinteros, albañiles, mecánicos y afines)	27.1	26.0	22.2
Obreros y jornaleros	6.5	7.6	6.8
Trabajadores en servicios personales y afines	18.0	17.7	17.6
Otros <sup>3</sup>	0.3	0.1	0.1
<i>Total</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>

<sup>a</sup> INCAE, *Primera encuesta sobre el empleo en las zonas urbanas de cuatro ciudades de Nicaragua*, doc. NI/PL 029, junio de 1975.

<sup>1</sup> Managua, Masaya, León y Estelí.

<sup>2</sup> OEDEC, *Encuesta de situación del empleo urbano*, 1975.

<sup>3</sup> Incluye a los que buscan trabajo por primera vez.

Las encuestas de empleo urbano que empiezan a efectuarse a mediados de la década de 1970 permiten aproximarse con relativa certidumbre al perfil ocupacional de las principales ciudades, y dimensionar la magnitud real y las características del proceso de proletarianización de la fuerza de trabajo. La información contenida en el Cuadro II ofrece una perspectiva del

tipo de empleo prevaleciente en los momentos iniciales del desarrollo del capitalismo industrial en Nicaragua: fuerte gravitación de los servicios personales y las actividades mercantiles (en conjunto un tercio de la población ocupada), marcada presencia de ocupaciones de tipo artesanal, posiblemente con un sólido entrelazamiento respecto del pequeño comercio —testimonio de una reducida división social del trabajo— y un proletariado de magnitud en extremo reducida. En general, un claro predominio de las actividades con menor grado de formalización, carentes de pautas generales e institucionales de disciplina —o con pautas poco desarrolladas— y que reposan fuertemente en la iniciativa, los recursos y las características personales del agente.

La diversificación ocupacional, como expresión del tipo dominante de división social del trabajo, se manifiesta asimismo como diferenciación laboral entre los sexos. Las mujeres, que significan 30% de la PEA ocupada de Managua en esa época, constituyen 70% los trabajadores en servicios personales, 55% de los vendedores y comerciantes, 37% de los empleados y oficinistas, 24% de los artesanos y operarios, y sólo 14% de los obreros y jornaleros, acentuándose claramente en ellas los rasgos preindustriales de la ocupación urbana.

Este perfil de actividad se articula con tasas de desempleo relativamente altas (cf. Cuadro III). El desempleo urbano sin embargo se hacía sentir de manera mucho más fuerte en algunas actividades que en otras -sobre todo, en los sectores productivos. En 1975 casi la mitad de los desempleados eran artesanos y obreros y jornaleros, y más de la mitad en la fuerza de trabajo masculina de ambas categorías de empleo.

## Cuadro III

## TASAS DE DESOCUPACIÓN URBANA, 1973.1976, EN %

Años	Tasa		Otras
	global	Managua	ciudades
Mayo-junio 1973 <sup>a</sup>	14.03	16.39	11.45
Junio 1974 <sup>a</sup>	6.88	8.04	5.12
Septiembre-octubre 1974*	16.5	17.0	15.2
Junio 1975 <sup>a</sup>	9.62	11.11	6.64
Junio 1976 <sup>a</sup>	8.72	9.80	6.70

<sup>a</sup> OEDEC, *Encuesta de situación de empleo*, 1975 y 1976.

\*INCAE, *Encuesta sobre empleo en las zonas urbanas...*; cit.

La inestabilidad ocupacional se conjuga con la inestabilidad de los ingresos, y la refuerza. Casi 40% de los trabajadores percibían la remuneración de su fuerza de trabajo de manera diaria o semanal, pero estas formas regían para casi 85% de los obreros y jornaleros y para más de 70% de los artesanos y operarios. La inseguridad de los ingresos, así inferida, parece haber sido mayor en la fuerza de trabajo masculina que en la femenina, ya que las formas de pago quincenal y mensual abarcaban a 51 % de los hombres y a 76% de las mujeres.<sup>19</sup>

Ingresos inestables, y por añadidura de monto reducido y desigualmente distribuidos. El cuadro IV presenta la situación de los ingresos semanales, que constituyen la forma de remuneración de una tercera parte de la población ocupada urbana. Más de dos tercios de escasos ingresos no alcanzaban a los 300 córdobas (poco más de 40 dólares), pero en algunas categorías ocupacionales los remunerados por debajo de ese nivel eran aún más: 83% de los artesanos, 96% de los obreros y jornaleros, 86% de los prestadores de servicios personales.

<sup>19</sup> Algunos estudios sugieren que más que los ingresos bajos el elemento central de estos sectores urbanos consiste en la *inseguridad* de los ingresos, derivado a su vez de la inestabilidad del empleo: cf. L. A. de Lomnitz, *Cómo sobreviven los marginados*, ed. Siglo XXI, México, 1975, pp. 96 y 97.

## Cuadro IV

## DISTRIBUCIÓN DE LA OCUPACIÓN URBANA SEGÚN INGRESO SEMANAL, 1974 Y 1975, EN %

<i>Ingreso</i> <sup>1</sup>	1974		1975	
	<i>Total</i> <sup>2</sup>	<i>Managua</i>	<i>Total</i> <sup>2</sup>	<i>Managua</i>
Menos de 100	32.1	26.3	25.5	19.2
100 a 299	45.0	46.4	46.1	46.2
300 a 999	17.5	20.0	22.4	26.7
1000 y más	5.4	7.3	6.0	7.9
<i>Total</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>

<sup>1</sup> Córdoba por semana.

<sup>2</sup> Managua, Masaya, León, Estelí.

FUENTE: INCAE, Primera y segunda *Encuesta sobre el empleo en las zonas urbanas de cuatro ciudades de Nicaragua*.

El concepto de *pobreza*, como síntesis de fuerte desempleo, empleo inestable, mala vivienda, carencia de servicios básicos, ingresos bajos e inseguros, expresa la condición de vida de la gran mayoría de las masas trabajadoras urbanas de Nicaragua. Al mismo tiempo, califica al proceso de proletarización que impone a esas masas el tipo de capitalismo de pendiente y agroindustrial que se escenifica en el país a mediados de la década de 1970. Un proceso de proletarización en el cual una clase obrera pequeña, que labora en un número reducido de unidades empresariales modernas, no está aún plenamente diferenciada del resto de los trabajadores urbanos ni por su modo de inserción en las relaciones de producción, ni por sus condiciones generales de vida, y donde una enorme y multifacética diferenciación, encadenamiento y articulación de actividades, oficios, prestaciones y habilidades, formales e informales, expresan en su conjunto la subordinación de las masas trabajadoras a la dinámica del capital.

Lo que generalmente se denomina *proletariado* todavía hoy en Nicaragua responde a este momento de la proletarización de la fuerza de trabajo y está constituido así, sobre todo, por estas ramas trabajadoras subordinadas en sus prácticas ocupacionales a la valorización del

capital, más que por una clase obrera en sentido estricto:

Proviene de familia campesina, humilde y trabajadora. Transcurrió su vida en un ir y venir de penurias como roda la clase proletaria de nuestro pueblo bajo el régimen corrupto y explotador de la dinastía somociana. El compañero T. era comerciante de verduras entre la capital y Bluefields. [...] La viuda e hijos de T. todavía viven [...] cerca del mercado donde T. trabajó para mantenerlos.<sup>20</sup>

La extracción de clase de M. era proletaria; don Ricardo [su padre] era técnico electricista y su mamá, costurera.<sup>21</sup>

[...] ambos son de extracción proletaria y trabajaron varios años como obreros de la ciudad y del campo cuando no había trabajo en la ciudad. No tuvieron acceso a la educación superior. [...] H. fue mecánico de desmotadoras, soldador y cortador de algodón [...]. Su padre [...] era picapedrero y su madre [...] ama de casa. R. [...] fue carpintero, albañil, zapatero, cortador, sembrador y cinchoneador de tabaco. Su padre [...] trabajó en carpintería [...] Su madre era una campesina, analfabeta.<sup>22</sup>

Su abuela materna vendía carne, y su madre [...] sigue en ese mismo oficio en el enorme Mercado Oriental de Managua. Su padre también es de origen proletario: de joven trabajó como limpiabotas, albañil y luego maestro de obras.<sup>23</sup>

Soy de una familia obrera: mi papá es electricista y mi mamá modista.<sup>24</sup>

[. . .] miles de obreros, entre ellos más de cinco mil trabajadores hospitalarios del Instituto Nicaragüense de Seguridad Social, paralizaron indefinidamente sus

---

20 G. Smutko. *Los héroes y mártires de Bluefields*, CEBIC. Blue-fields. 1000, p. 9.

21 Instituto de Estudio del Sandinismo, *Porque viven siempre entre nosotros*, ed. Nueva Nicaragua, Managua, 1982, p. 213.

22 *Barricada*, 2 de febrero de 1983.

23 M. Randall, *Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy*, ed. Siglo XXI, México, 1980, p. 39.

24 *Ibid.*, p. 197.

actividades.<sup>25</sup>

Un gesto digno de ser ejemplo para la clase obrera en este país, protagonizan ocho ex-empleados del Centro Comercial Managua. [...] El grupo de trabajadores afirmó que muy pronto darán muestras que la clase obrera puede ejercer su poder en los medios de producción [...].<sup>26</sup>

Mi papá era estudiante de derecho, de extracción proletaria, hijo de una empleada doméstica [...]. Mi mamá, también de extracción proletaria, hija de un carpintero y su esposa. Mi mamá era bien pobre, pues traba jaba en una tienda, vendiendo [...]. Ella tuvo una venta [...].<sup>27</sup>

Esta caracterización, este modo de ver como proletarios a estos grupos y fracciones, depende a su vez de una perspectiva de clase. Si desde el ángulo popular y revolucionario ellos son vistos como proletariado, desde la perspectiva de la burguesía son enfocados como empresariado:

Queremos resaltar una vez más que de la población económicamente activa del país, que es de 800 mil personas, más de 200 mil son autoempleados o propietarios de una parcela de tierra o dueños de un taxi o de un camión; pequeños industriales o artesanos; dueños de pulperías o tienditas; empresarios grandes o pequeños; o simplemente profesionales. Todos ellos son sector privado. [...] Asimismo el sector privado juega un papel muy importante en el comercio nicaragüense. El pulpero de Matiguás, así como el comerciante de ropa del Centro Comercial Managua, contribuyen a generar empleos, a la vez que a distribuir los productos e, inclusive, a recaudar impuestos para los gastos del gobierno. Más de 65 mil pequeñas pulperas y vivanderas existen en el país. Todas ellas desempeñan no solamente la función económica de comprar y vender, sino una función social que está arraigada en nuestra

---

25 IES, *La insurrección popular sandinista en Masaya*, ed. Nueva Nicaragua, 1982, Managua, pp. 91-92.

26 *El Nuevo Diario*, 4 de febrero de 1983. La casa comercial donde trabajaban cerró; con el importe de las prestaciones por cesantía instalarán un nuevo comercio.

27 M. Randall, op. cit., p. 95.

historia [...]. [El] pequeño empresario [...] es una parte vital de nuestra economía. Nicaragua está hecha de pequeños empresarios.<sup>28</sup>

[...] consideramos empresario a toda aquella persona que crea un bien o un servicio para la comunidad en forma organizada, sin importar el tamaño del mismo. Tan empresaria es aquella mujer que vende en los mercados populares, como los que producen. Tan empresario es el que maneja una pequeña pulpería, como una cadena de supermercados.<sup>29</sup>

Este choque de caracterizaciones contradictorias es una forma como se expresa el enfrentamiento de las clases antagónicas del capitalismo en una formación económico-social donde la polarización capitalista de las clases está lejos de haber culminado, y donde proletariado y burguesía están aún en proceso de diferenciación respecto de estos agentes del desarrollo social. Proletarios desde la óptica revolucionaria, burgueses desde la perspectiva empresarial, una y otra caracterización ilustran la ambigüedad esencial de estos grupos “intermedios” de la pequeña propiedad y la pequeña producción, la falta de un horizonte propio, y su subordinación real a las clases fundamentales del capitalismo. En esta ambigüedad estructural, los factores de cambio y de conservación, de rebeldía y de sumisión, se articulan y coexisten. Unos prevalecerán sobre otros de acuerdo al desenvolvimiento de las contradicciones entre los polos antagónicos de la sociedad, y a la práctica política de las organizaciones que las expresan e impulsan.<sup>30</sup>

---

28 Discurso del dirigente empresario Enrique Dreyfus, presidente del Instituto Nicaragüense de Desarrollo (INDE), *La Prensa*, 14 de marzo de 1982.

29 *La Prensa*, 18 de marzo de 1983. Pero si los trabajadores son vistos como empresarios, en compensación los empresarios son vistos como obreros: “En Masaya falleció el *líder obrero* y destacado intelectual don..., *propietario* de la tipografía ‘El Hera1do’”. *La Prensa*, 18 de julio de 1983 (los subrayados son míos).

30 “En sus pequeñas empresas hacen de patrono y de empleado a la vez sintiéndose ora patronos, ora obreros, según la situación económica que atraviesa el país, sin llegar a ser ni lo uno ni lo otro, salvo desapareciendo como pequeños burgueses. Si la situación es la insurrección tendrán más prisa que los propios insurrectos; si la situación es de calma (aunque sea calma de cementerio) serán celosos guardianes del orden público, de las buenas costumbres y de las leyes y los buenos hábitos.” J. López, O. Núñez et al., *La caída del somocismo y la lucha sandinista en Nicaragua*, EDUCA. San José, 1979, p. 110. Cf. también O. Núñez, “La tercera fuerza social en los movimientos de liberación nacional”, *Estudios Sociales Centroamericanos*, 27, septiembre-diciembre de 1980, 141:157. Para una discusión más general, A. J. Mayer, “The Lower Middle Class as Historical Problem”, *Journal of Modern History*, vol. 47, n. 3, septiembre de 1975, pp. 409-36.

### 3. EL SUJETO DE LA INSURRECCIÓN POPULAR

Éste es el perfil real del pueblo nicaragüense. Una compleja muchedumbre trabajadora de artesanos, campesinos, semiproletarios, vendedores, gentes de oficio, gentes sin oficio, jornaleros, estudiantes, pobres de la ciudad y del campo, de cuyo seno el proletariado va diferenciándose poco a poco; la forja de donde emergió el sujeto social de la revolución sandinista y de la insurrección popular con que ella culminó.

La creación, luego del triunfo revolucionario, de un programa de pensiones y subsidios para familiares de combatientes, colaboradores, etcétera, caídos en la guerra de liberación, abre la posibilidad de lograr acceso a una información bastante amplia sobre el origen social de los participantes y de sus familias, su ocupación, forma de vida, etcétera, y reconstruir, a partir de ella, la fisonomía concreta de los protagonistas de la etapa final de la lucha revolucionaria.<sup>31</sup>

La extrema juventud de los participantes se advierte en el Cuadro V. El 71 % tenía, en el momento de caer, entre 15 y 24 años, una proporción casi tres veces más alta que el peso de ese mismo grupo de edad en la pirámide demográfica (20%). El papel predominante de la juventud en la lucha contra la dictadura somocista ha sido analizado ya, no siendo necesario por lo tanto insistir aquí en el tema.<sup>32</sup>

---

31 Se trata del Programa “Héroes y Mártires” del Instituto Nicaragüense de Seguridad Social y Bienestar. El programa cuenta con un registro de seis mil casos; nuestro análisis se basa en una muestra aleatoria simple de 640 (10.7%).

32 Cf. O. Núñez, “La ideología como fuerza material y la juventud como fuerza ideológica”, en *Estado y clases sociales en Nicaragua*, ANICS/CIERA, Managua, 1982, pp. 125-47.

Cuadro V

## EDAD Y SEXO DE LOS PARTICIPANTES

<i>Edad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>	
			<i>Número</i>	<i>%</i>
Menos de 15 años	10	1	11	1.4
15 a 19 años	187	14	201	31.0
20 a 24 años	229	14	243	40.0
25 a 30 años	113	10	123	19.0
31 a 40 años	48	1	49	7.0
41 años y más	11	2	13	1.6
<i>Total</i>	<i>598</i>	<i>42</i>	<i>640</i>	<i>100.0</i>
	(93.4%)	(6.6%)	(100%)	

El predominio absoluto de los hombres es llamativo y contrasta con la imagen prevaleciente sobre el grado de participación de la mujer en la lucha revolucionaria y, sobre todo, en la insurrección final. En realidad, las cifras del Cuadro V no cuestionan esa participación, pero sugieren que la incorporación de la mujer a la lucha se llevó a cabo, en la mayoría de los casos, a través de formas y modalidades *distintas*, que no son registradas por el tipo de información que se analiza aquí. Más que en el combate directo, la participación de la mujer parece haber tenido lugar fundamentalmente en tareas de apoyo: correo, casas de seguridad, abastecimiento de alimentos y medicinas, ocultamiento y trasiego de armas, y similares.<sup>33</sup>

Más de la mitad de los participantes (54%) son hijos ilegítimos: casi la mitad (47%) se crió y vivió hasta aproximadamente los doce años en familias de una sola cabeza: la madre en casi todos los casos.<sup>34</sup> Se trata asimismo de una cabeza de familia que, por razones ocupacionales, debe pasar gran parte del día fuera del hogar. Los niños se crían

<sup>33</sup> Cf. E. Maier, op. cit., capítulo 11, especialmente pp. 56-57.

<sup>34</sup> La información sobre el tipo de filiación proviene de las partidas de nacimiento; la muestra fue aquí mucho más pequeña (n = 98). La información sobre el tipo de familia se obtuvo para 388 de los 640 casos (61%).

acompañados por otros niños —hermanos,<sup>35</sup> amigos, primos...— bajo la mirada distante de una vecina, o el fárrago del mercado donde la madre —y muchas veces también los niños— trabaja.<sup>36</sup>

La proporción de familias con una sola cabeza —sobre todo, con cabeza femenina— es muy alta incluso para los patrones de estructuración familiar prevalecientes en la sociedad nicaragüense. De acuerdo a la Encuesta Demográfica Nacional de 1978, de 6 600 jefes de hogar, unos 1 500 eran mujeres; es decir, alrededor de 23%.<sup>37</sup> Pero sin duda la cuestión tiene un enmarcamiento de clase: una investigación sobre menores trabajadores en la ciudad de Managua señala que de 334 responsables de hogar, 58% son mujeres y solamente 54% de los menores trabajadores vive en un hogar con ambos padres.<sup>38</sup>

Si, como afirma la psicología, la familia es el ámbito donde el ser humano entra en contacto por vez primera y en edad muy temprana con la autoridad, parece evidente que una proporción importante de los participantes en la insurrección y en las etapas finales de la lucha, tuvo sus primeras experiencias de desarrollo psicosocial en familias donde el componente autoritario parece haber sido diferente, y haberse expresado de manera distinta, que en el estereotipo dominante de la familia burguesa. El esquema autoritario de unas relaciones adulto-niño de tipo vertical e inmediato parece aquí desplazado o por lo menos conjugado con un esquema de relaciones de tipo horizontal entre iguales —las relaciones entre niños ocupan una gran parte del día—, en familias con una sola cabeza como imagen de autoridad, que además pasa mucho tiempo fuera del hogar o dedicada a actividades que la alejan de una atención directa de los niños (atención que suele delegarse en la abuela u otro adulto). Los niños en consecuencia viven buena parte de su infancia en interacción básicamente con otros niños, en la casa o en la calle o el mercado, pero en todo caso con un control adulto relativamente distante, tanto espacial como afectivamente.

Esta modalidad específica de la familia en su función generadora de imágenes de autoridad se articula con las debilidades de otras agencias tradicionales de control social. El elevado analfabetismo y las altas tasas de deserción ponen a la institución escolar fuera del

---

35 Una gran cantidad de las familias de las que se obtuvo información tiene más de seis hijos cada una.

36 Cf. por ejemplo *Luisa Amanda Espinoza, mujer de vanguardia*. DPEP del FSLN, Managua, 1981, pp. 3 y 9; E. Maier, op. cit., 22-23.

37 *Apud* O. Núñez. *El somocismo...*, cit., p. 49.

38 Centro Tutelar de Menores/INSSBI. *Investigación de menores en situación de riesgo*, Managua, enero de 1983. dactilog.

alcance de las clases populares; la figura de la maestra —la imagen convencional de la *segunda madre* de la ideología escolar burguesa— como referente de autoridad fue ajena a las tempranas experiencias de la infancia popular.

Algo similar habría ocurrido con la Iglesia. De acuerdo a una investigación en los barrios más pobres de Managua, la actitud prevaleciente en la población parece haber sido entre indiferente y crítica:

En total, 30.9% de los jefes de familia contestó que sólo va “de vez en cuando” a la iglesia o templo, y 13.5% nunca. [...] La práctica religiosa de los que concurren al templo de vez en cuando obedece, más que a una convicción profunda, a un ritualismo social que gira alrededor de ciertos acontecimientos importantes, como bautismo, matrimonio, muerte. Una parte considerable de los jefes de familia tiene una actitud crítica frente a la Iglesia jerárquica, aunque quizás no con el rigor y la crudeza de la juventud.<sup>39</sup>

Una encuesta sociorreligiosa [...] revela “una opinión pública desfavorable a las estructuras eclesiásticas. Así veía a la Jerarquía: ‘Anquilosada, conservadora, estática, avanzada en edad, apática, negativa, desunida, poco accesible al pueblo, parte del cual la desconoce e ignora. Representa el inmovilismo [...]’”. La opinión expresada a través de esa encuesta sobre el clero diocesano es también crítica. Se señala “la falta de diálogo y su poco *aggiornamento*, permaneciendo en un estado de anquilosamiento ideológico; marginado por la jerarquía y por el pueblo”. También se nota que “sólo buscan su propio interés económico” y su “poca sensibilidad social ante los problemas de su feligresía”.

La crítica no es sólo para la Iglesia jerárquica sino también para la Iglesia “como pueblo de Dios”. Al leerseles a los encuestados la afirmación de que “la mayoría de los que van a la iglesia no practican lo que oyen” el 68.8% se manifestó de acuerdo y el 15.9% expresó tener dudas. Solamente 11.7% rechazó la afirmación. Es decir, que sólo estos últimos encuentran una correspondencia lógica entre el culto religioso y la

---

39 R. A. Tefel, *El infierno de los pobres*, ed. El Pez y la Serpiente, Managua, 1978, pp. 134 y 135.

vida de los que asisten a él.<sup>40</sup>

Puede argumentarse, a partir de estas consideraciones, que la capacidad de la Iglesia para desempeñarse como agencia de reproducción ideológica del orden social imperante parece haber sido reducida respecto de estos sectores populares. Después del terremoto de Managua, el desarrollo de prácticas pastorales inspiradas en las nuevas corrientes del cristianismo latinoamericano, la renovación de los cuadros sacerdotales, la atención prestada por el FSLN a las organizaciones de cristianos de base, redujeron más aún esa capacidad, y en cambio abrieron un ámbito de cuestionamiento a la dictadura somocista y a las injusticias sociales.<sup>41</sup>

El panorama en materia de organizaciones políticas y comunales es de similar desolación. La investigación dirigida por Reinaldo Tefel en los barrios “marginales” de Managua revela la inexistencia de organizaciones “comunitarias” o patronatos escolares, o el completo desconocimiento de ellas por la gente de los barrios; los clubes juveniles eran asimismo inexistentes. Tampoco los partidos políticos contaban en estas zonas de la ciudad con organizaciones de base de carácter permanente:

Los partidos nuevos no han penetrado todavía en forma masiva en el cinturón de miseria, y los partidos históricos, liberal y conservador, por su naturaleza electorera, sólo se movilizan durante las campañas electorales creando en los barrios comités efímeros que desaparecen después de las elecciones. La actividad partidista en los barrios es sumamente baja y limitada.<sup>42</sup>

En virtud de estos elementos puede plantearse como hipótesis que el contacto con la autoridad debe haberse dado, en los sectores populares, sobre todo en su vinculamiento conflictivo con los aparatos represivos del Estado somocista —como víctimas o forzados testigos de su prepotencia, su corrupción, sus abusos—, y en edades en que ya la estructura

---

40 Ibid., pp. 136-37.

41 Cf. A. Argüello S. J., “Posturas de los cristianos frente al proceso revolucionario nicaragüense”, en *Fe Cristiana y Revolución Sandinista en Nicaragua*, Instituto Histórico Centroamericano, Managua, 1979, pp. 79.98; U. Molina, “El sendero de una experiencia”, *Nicaragua*, 5, abril-junio de 1981, pp. 17.37.

42 Cf. op. cit., p. 159.

básica de la personalidad está configurada. Una represión que se introduce violenta en el horizonte cotidiano de la vida de la gente:

Cuando chavalito en mi barrio había una cantina que era de una señora gorda —que le pegaba a su marido—, le decían la cantina de los Dimas. Entonces como en esa cantina había pleitos de bolos, la guardia llegaba y malmataba a los bolos. Ésa es la primera impresión que yo tengo de la Guardia. Los golpeaban, eran unos salvajes golpeándolos en la cara con las culatas. Se miraba la sangre [...] <sup>43</sup>

Parece claro que estos elementos de tipo psicosocial no bastan para explicar la rebelión de la gente, su incorporación a la lucha. Pero también puede plantearse que en estas condiciones el componente opresivo del orden social y político puede hacerse más perceptible. La arbitrariedad del ejercicio del poder político-militar de la dictadura, el carácter indiscriminado —y al final, genocida— de la represión, se hacen sentir de manera más directa y generalizada en las clases populares y convierten la rebeldía activa y la participación en la lucha revolucionaria en una cuestión defensiva, de vida o muerte. Cuando ser víctima de la represión deja de ser algo que le sucede a otro —porque es *sandinista*, o *agitador*, o *subversivo*, o porque de alguna manera similar *se la busca* al colocarse en la extracotidianeidad, en una situación *distinta* a la de uno— y pasa a ser algo que le ocurre a *cualquiera* aunque se quede pasivo en la casa, quedarse pasivo en la casa ya no sirve como defensa. El miedo a la represión como algo extracotidiano se transforma en certidumbre cotidiana de la represión y abre paso a la necesidad de una defensa activa:

---

43 O. Cabezas, *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, ed. Nueva Nicaragua, Managua, 1982, p. 11. (Hay edición mexicana: ed. Siglo XXI, 1982).

Cuadro VI

## OCUPACIÓN DE LOS PARTICIPANTES

<i>Ocupación</i>	<i>%</i>
<i>Estudiantes</i>	29.0
<i>Gentes de oficio</i> (artesanos, talleristas, comideras, planchadoras, transportistas, mecánicos, carpinteros, hojalateros, colchoneros, zapateros, fontaneros, reparadores, etcétera)	22.0
<i>Obreros y jornaleros</i>	16.0
<i>Empleados y oficinistas</i>	16.0
<i>Técnicos, profesionales, maestros, profesores</i>	7.0
<i>Pequeños comerciantes, buhoneros</i>	5.0
<i>Campesinos, agricultores</i>	4.5
<i>Otros</i>	0.5
<i>Total</i>	100.0 (n = 542)
<i>Ignorados</i>	98

Yo le decía a mi tía: “Si a mí me permitieran pelear así [encinta], yo peleo”, porque de todos modos, si me quedaba en la casa me mata una bala o un roquet o una bomba, pues, de todos modos me muero.<sup>44</sup>

Yo entré al Frente debido a que pensaba que íbamos a morir nosotros como pendejos.<sup>45</sup>

Cada acción del Frente [...] provoca la incorporación de decenas de jóvenes dispuestos a morir peleando antes que dejarse matar impunemente.<sup>46</sup>

Nos despedimos de nuestras esposas, hermanas y madres con lágrimas en los ojos pensando que ya no regresaríamos, pero pensando siempre que mejor morir peleando que morir de rodillas pidiendo clemencia.<sup>47</sup>

[...] y yo les dije a mis chavalos que mejor se metían en el *Frente*, porque si no, de todos modos la Guardia me los mataba, por ser jóvenes no más, figúrese.<sup>48</sup>

El Cuadro VI presenta el perfil ocupacional de los participantes. Los estudiantes constituyen, indudablemente, la primera fuerza,<sup>49</sup> seguidos por las *gentes de oficio*: una categoría que engloba a artesanos, talleristas, trabajadores por cuenta propia en una multiplicidad de ocupaciones, habilidades y tareas productivas y de reparaciones: zapateros, mecánicos, albañiles por contrato, fontaneros, hojalateros, comideras, muebleros, planchadoras, modistas, sastres, barberos, carpinteros. .. Los asalariados constituyen en conjunto 32% del total, pero no parece conveniente incluir en la misma categoría a los

---

44 Testimonio recogido por E. Maier, op. cit., p. 122.

45 Ibid., p. 123.

46 Testimonio de un habitante del barrio Rigüero (Managua). Recogido por B. Albreht.

47 Ibid.

48 Testimonio de una madre de Estelí, recogido por el autor.

49 Debe destacarse que 37% de los casos que figuran como estudiantes son en realidad trabajadores que estudian por la noche (92 casos). Estos participantes fueron ubicados en la categoría ocupacional correspondiente, quedando como estudiantes sólo los que no trabajan, o de cuyo trabajo no existe información (156 casos).

oficinistas y empleados junto con los obreros y jornaleros; las diferencias ocupacionales expresan aquí diferencias de clase más profundas. Por otro lado, una proporción importante de los “obreros y jornaleros” son aprendices o trabajadores en los que la relación salarial no implica un divorcio respecto de instrumentos de producción. La presencia de obreros es baja no sólo respecto de los estudiantes y trabajadores de oficios, sino también respecto de lo que podría esperarse de acuerdo a algunas caracterizaciones de la insurrección. Es importante señalar, sin embargo, que la proporción de obreros y jornaleros en la lucha es más del doble que su participación en la estructura ocupacional urbana (cf. supra, Cuadro II). Finalmente, la reducida participación de campesinos y agricultores es consistente con el carácter eminentemente urbano de los tramos finales de la lucha.

Este panorama es coherente asimismo con el que emerge de una muestra adicional de 113 casos, extraídos de biografías de militantes y dirigentes, listas de prisioneros de la dictadura y testimonios de participantes y observadores, y que figura en el Cuadro VII. También aquí los estudiantes y las gentes de oficio constituyen más de la mitad de los combatientes y colaboradores. La participación del campesinado es en cambio mucho más fuerte que en el Cuadro VI.

## Cuadro VII

## OCUPACIÓN DE UN GRUPO ESCOGIDO DE PARTICIPANTES

<i>Ocupación</i>	<i>%</i>
Estudiantes	31
Gentes de oficio, artesanos, trabajadores domiciliarios	17
Técnicos y profesionales, maestros y profesores	17
Campesinos y agricultores	13
Obreros y jornaleros	8
Pequeños empresarios, buhoneros y pequeños comerciantes	8
Empleados y oficinistas	6
<i>Total</i>	<i>100</i>
	(n=113)

La marcada inestabilidad ocupacional y de ingresos de las masas trabajadoras se advierte con nitidez en los participantes en la insurrección y en sus familias. Uno fue, en el lapso de no más de tres años, repartidor de pan, joyero, obrero estacional en las empresas bananeras, cartero. Otro fue carpintero, albañil, trabajador agrícola estacional, zapatero. La madre de un combatiente caído en Masaya “alquila revistas e inyecta”. Una campesina, madre de ocho hijos y viuda de un combatiente, combina el cultivo de maíz en su finquita con la preparación y venta de comida y el trabajo temporal como obrera agrícola en los cafetales. Un combatiente caído en Masaya fue maestro de primaria, vendedor de pan, aprendiz de zapatero, profesor de enseñanza media. Otro, maestro rural y empleado de motonaves en el río Rama. Otro más, ebanista, obrero fabril, albañil, mueblero y, en el momento de morir, dueño de un pequeño taller. Otro, mecánico, obrero agrícola estacional, soldador.

El fuerte peso del artesanado y gentes de oficio en general se acentúa cuando se presta atención a la ocupación de los padres de los participantes. La presencia del pequeño comercio y del campesinado es sustancialmente mayor en los padres de los participantes

que en los participantes mismos, pero a la inversa, el componente obrero es sensiblemente menor.<sup>50</sup>

En el Cuadro VIII se presenta la situación ocupacional de los padres de los participantes. En todos los casos el origen predominante es artesanal y de oficios; sumado éste al origen comerciante y pequeño empresario, se tiene entre la mitad y dos tercios de los participantes de cada uno de los principales grupos ocupacionales.

La extracción pequeñoburguesa y de clase media es mayor entre los estudiantes; más de 80% tiene ese origen. De acuerdo a esto, la decisiva incorporación de los estudiantes a la lucha revolucionaria no habría sido exclusivo efecto de elementos conocidos —la rebeldía propia de las jóvenes generaciones, su mayor exposición a procesos ideológicos críticos, la inestabilidad propia de quienes carecen aún de un modo de inserción en el orden social...—,<sup>51</sup> sino que asimismo habría expresado los factores de tensión y las contradicciones de sus clases de origen, con todas las mediaciones —familiares, etcétera— del caso.

---

50 Aunque por *padres* se hace referencia a padre y madre, la información sobre éstas es más difícil de discernir. En casi 65% de los casos para los que hay datos, la madre aparece desempeñando *oficios domésticos*, una denominación que abarca actividades que pueden ser remuneradas o no —lavado y planchado de ropa, por ejemplo—, según se realicen o no para terceros, pero sin que esta circunstancia conste en los registros.

51 Cf. J. E. Arellano, “El estudiante y la revolución”, *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*. n. 105, junio de 1969. pp. 7-14.

## Cuadro VIII

## OCUPACION DE LOS PADRES DE LOS PARTICIPANTES (en %)

<i>Ocupación de los padres</i>	<i>Total</i>	<i>Estu- diantes</i>	<i>Participantes</i>	
			<i>Gentes de oficio</i>	<i>Obreros y jornaleros</i>
Gentes de oficio	39.0	35.0	45.5	46.0
Campesinos, agricultores	19.0	13.0	15.0	15.0
Pequeños empresarios, buhoneros, pequeños comerciantes	17.0	15.0	16.5	16.0
Empleados y oficinistas	9.5	14.0	11.0	—
Técnicos, profesionales, maestros, profesores	9.5	17.0	—	—
Obreros y jornaleros	5.0	4.0	5.0	12.0
Otros	1.0	2.0	7.0	11.0
<i>Total</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>
	(n = 390)			

La amplia presencia de los estudiantes es coherente con el origen histórico del FSLN y con el amplio espacio para el reclutamiento político que conquistó, tempranamente, en los centros educativos. Escuelas, colegios, universidades, constituyen el punto de reunión de masas estudiantiles pequeño-burguesas que, fuera de ellos, carecen de otros ámbitos de confluencia: por el carácter individual de sus ocupaciones, por el fracturamiento de sus formas de reproducción social. La escuela se convierte en el espacio donde estos sectores pueden superar el aislamiento recíproco a que los confina su modo de existencia material; en este sentido, cumple una función equivalente a la de los mercados en el ámbito de la

circulación mercantil.

Por su lado, 62% de los participantes obreros también es hijo de gentes de oficio y de comerciantes, buhoneros, pequeños empresarios, situación que permite apreciar, desde el ángulo de este estudio, un momento concreto del proceso de proletarización de estas fracciones “intermedias” o pequeño-burguesas, en dos generaciones de cada familia.

#### Cuadro IX

#### OCUPACIÓN DE LOS PARTICIPANTES, POR DEPARTAMENTO (en %)

Ocupación	DEPARTAMENTOS										
	Managua	Estelí	Masaya	León	Rivas	Chinan- dega	Mata- galpa	Zelaya	Garazo	Nueva Segovia	Resto
Estudiantes	32.0	21.0	16.0	28.3	32.3	21.3	29.5	15.0	33.0	12.0	15.0
Técnicos, profesionales, maestros, profesores	6.1	6.4	8.7	8.0	3.6	4.2	5.9	15.0	—	—	15.0
Empleados y oficinistas	18.8	11.3	17.4	16.0	12.5	15.0	17.6	8.0	8.5	—	5.0
Obreros y jornaleros	13.7	14.5	10.1	16.0	10.7	25.5	23.4	8.0	33.0	—	15.0
Campesinos y agricultores	1.8	29.1	14.5	9.5	18.0	12.8	5.9	15.0	8.5	76.0	25.0
Gentes de oficio	22.0	14.5	29.0	19.0	17.6	19.1	11.8	31.0	17.0	12.0	15.0
Pequeños comerciantes y empresarios, buhoneros	6.1	3.2	4.3	3.2	5.3	2.1	5.9	8.0	—	—	10.0
<i>Total</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>

Por último, el Cuadro IX presenta una aproximación regional a la situación ocupacional de los participantes; para facilitar la lectura se destaca en cada departamento el grupo de

mayor peso, o los dos mayores. Los resultados son consistentes con las características socioeconómicas de cada lugar. Los estudiantes aparecen como la fuerza principal en siete departamentos: Managua y León, sedes de la Universidad Nacional; Rivas, teatro de operaciones del Frente Sur, donde el reclutamiento estudiantil parece haber sido alto; el resto, departamentos cuyas cabeceras concentran contingentes importantes de estudiantes de secundaria. Las gentes de oficio predominan en cuatro departamentos, y los obreros y jornaleros, y los campesinos, en tres departamentos cada uno. Los grupos de clase media intelectual y de pequeña burguesía oficinista tuvieron una presencia bastante reducida, aunque no tan exigua como los vendedores, pequeños comerciantes y similares.

Es importante destacar que en los únicos tres casos en que los obreros aparecen como una fuerza de peso relevante, se trata de departamentos agrícolas; esto lleva a pensar que se está en presencia de trabajadores del campo, o agroindustriales (café en Matagalpa y Carazo, azúcar y algodón en Chinandega), más que de obreros industriales. De alguna manera este desigual involucramiento del proletariado urbano y del proletariado rural estaría explicitando el desigual grado de desarrollo de la convocatoria insurreccional en una y otra fracción de la clase obrera. La organización de los trabajadores del campo es un espacio creado y desarrollado indisputablemente por el FSLN, mientras que el trabajo político en el movimiento obrero industrial recibió una atención menor y más tardía, y tuvo además que enfrentarse a la reticencia, u oposición, de las dirigencias sindicales y políticas de la izquierda tradicional, a una estrategia de lucha revolucionaria.

Nuestra historia registra intentos de vinculación directa con las clases trabajadoras del país desde 1963, con las huelgas de los estibadores de Corinto, en las mismas empresas textiles de los Somoza. Pero también en aquel entonces los que se sentían con las patentes de los sindicatos, una vez que ubicaban la inclinación política de nuestros organizadores, no vacilaban en señalarlos en las asambleas públicas como militantes del FSLN que pretendían, decían, “llevar a los trabajadores a una muerte segura, a un método aventurero de lucha” y de esa manera conseguían en algunos casos y durante algún tiempo detener la integración de los trabajadores al proceso revolucionario.<sup>52</sup>

---

52 Comandante B. Arce Castaño. *El papel de las fuerzas motrices antes y después del triunfo*, SNPEP del FSLN, Managua, julio de 1980, p. 19.

Yo tenía mis conceptos del Frente bien arraigados, conceptos que los mismos dirigentes del Partido me habían metido: que los del FSLN eran oportunistas, aventureros, locos, vagos y demás.<sup>53</sup>

Y se hacían asaltos, ajusticiamientos, que la prensa reportaba porque eran acciones directas contra la dictadura; aquello era una osadía sin límites, una herejía política dentro del marco de los partidos políticos burgueses, el conservador y el liberal y, por supuesto, también el socialcristiano y el socialista. Estos últimos nos catalogaban de aventureros, de pequeñoburgueses, y en las asambleas universitarias nos recitaban párrafos de aquel libro de Lenin *El izquierdismo, enfermedad infanta del comunismo*.<sup>54</sup>

El sujeto social de la insurrección y de los tramos finales de la lucha revolucionaria sandinista surge así con un carácter más *popular*, en el sentido amplio de *masas trabajadoras*, que *proletario* en sentido estrecho, o más exactamente, con un perfil donde los componentes proletarios se articulan y entremezclan en un amplio y complejo espectro de situaciones de pobreza generalizada y muy aguda, de subordinación *formal* más que *real* al capital, y de inestabilidad e inseguridad en todas las dimensiones de la vida; todo eso coherente con la estructura socioeconómica del tipo de capitalismo que venía desarrollándose en el país.

La pequeña producción y la pequeña propiedad urbanas —lo que en este trabajo se ha venido denominando *gentes de oficio*— emerge claramente como la fuerza principal en la insurrección. Ellas constituyen la mayor parte de los participantes directos y de los sectores socio-ocupacionales que engendran participantes. Es cierto que los estudiantes las superan como grupo de participación directa, pero a su vez estos estudiantes son, mayoritariamente, hijos de esa fracción social. El proletariado no parece haber sido una fuerza cuantitativamente determinante, pero su participación en la lucha no debería ser minimizada. La presencia obrera en la insurrección es dos veces mayor que en la estructura ocupacional urbana, algo que no ocurre con la gente de oficios. La presencia obrera fue así

---

53 Testimonio de Gladys Báez recogido por M. Randall, op. cit., p.228.

54 Comandante O. Cabezas, *La montaña...*, cit., p. 27.

mayor en la lucha revolucionaria que en la economía; más determinante en la producción de la sociedad nueva que en la reproducción de la sociedad vieja.

El sector no productivo del asalariado —empleados, oficinistas y similares— tuvo una participación cuantitativamente similar a la del proletariado propiamente tal, y en algunos departamentos —Masaya por ejemplo— se constituyó en el segundo grupo en orden de magnitud. Los grupos intelectuales —profesionales, maestros, técnicos— y, sobre todo, el pequeño comercio que marca de manera tan fuerte el paisaje urbano nicaragüense —pulperías, buhoneros y similares—, son grupos con una participación insurreccional poco relevante.

El sujeto social de la Revolución Sandinista en la etapa que culmina con el triunfo del 19 de julio de 1979 se aproxima así mucho más al de otras revoluciones de liberación nacional del Tercer Mundo que a la imagen prevaleciente en algunos ámbitos de la izquierda académica, de una revolución proletaria en el sentido de revolución por proletarios. Revolución popular y antimperialista, asentada en las amplias mayorías del pueblo, es en el marco de la liberación nacional que las tareas anticapitalistas tienen posibilidad de desarrollo.

Este sujeto social no es la sobrevivencia de formas atrasadas o precapitalistas de producción, sino producto y protagonista central del capitalismo que se desarrolló en Nicaragua a través de la dominación imperialista, y del modo en que ese capitalismo dependiente se articula con formas preexistentes de producción, y las reproduce. En este capitalismo la proletarización de la fuerza de trabajo tuvo lugar mediante la subordinación formal al capital, y no sólo por la vía de la salarización del trabajador “libre”. Una proporción alta de los trabajadores siguió estando ligada a la tierra, a instrumentos de trabajo, a fondos de reproducción, que funcionaron como otros tantos mecanismos de atadura de la fuerza de trabajo al capital en los momentos en que éste la necesitaba, y de interrupción de la relación cada vez que el capital ya no la requería.

El concepto de *pobreza* que circunscribe a este amplio y diferenciado espectro de grupos ocupacionales y clases y fracciones, no se reduce al bajo nivel de ingresos, al analfabetismo y la falta de enseñanza media y superior, a la pésima vivienda —es decir a *tener poco* en una simplista aproximación cuantitativa al problema— sino que configura el marco global que define el modo de existencia de las masas populares en el tipo de capitalismo

agroindustrial y dependiente de la década de los setenta en Nicaragua. Una situación social cuyos forzosos protagonistas se encuentran sometidos a intensas y contradictorias presiones y tensiones, cambios profundos o por lo menos bruscos en el marco de una misma generación —migraciones, catástrofes, degradación económica, desempleo...— que impactan directamente en la vida cotidiana de la gente y se traducen en una inestabilidad general y, en el fondo, en la falta de un lugar bajo el sol.

La dictadura fue más que la *forma* de este tipo de capitalismo y de esta modalidad de proletarización de la fuerza de trabajo. El Estado somocista operó sobre las tendencias estructurales de la sociedad nicaragüense que apuntaban a la desarticulación, el aislamiento y la desorganización de los trabajadores, reforzándolas mediante la represión. Pero al mismo tiempo, y de manera contradictoria, coadyuvó sin quererlo al progresivo desarrollo de una conciencia popular donde el rechazo a la miseria, a la falta de trabajo y de tierra, a una vida indigna, se articuló con el repudio a sus componentes extraeconómicos: la arbitrariedad policiaca-militar, el poder omnímodo del patrón, la inseguridad cotidiana.

La inestabilidad laboral se conjuga y refuerza, en estas condiciones, con la inestabilidad en los ingresos, en la vivienda, en la familia; con el trabajo duro y sin recompensa; con la opresión de la dictadura que todo lo controla; con la inseguridad frente a la Guardia que todo lo reprime; con la arbitrariedad de la administración *pública* (botín *privado* de la camarilla gobernante y sus allegados) que todo lo corrompe. Todo ello en el encuadramiento más amplio de una sociedad cuyo presente y cuya historia no hacen sino agudizar la falta de horizonte de sus clases populares: invasiones extranjeras, estacionalidad ocupacional, empobrecimiento creciente...

#### 4. VANGUARDIA Y MASAS

La expresión de la explotación económica como opresión política politizó tempranamente la protesta popular, pero al mismo tiempo definió vías de aproximación y relacionamiento de la oposición popular hacia la oposición burguesa al absolutismo —vías que en último análisis son expresión del escaso grado de desarrollo del proceso de diferenciación capitalista de la estructura de clases— y abrió un espacio de lucha entre las interpelaciones

político-ideológicas dirigidas hacia las masas populares por las fuerzas de la reforma y por las de la revolución. Todo ello en el marco histórico de una cuestión nacional no resuelta, donde el Estado somocista era la expresión institucional de la dominación extranjera, y la modernización económica traducía la presencia local de las nuevas modalidades de expansión imperialista.

El rechazo a la explotación social y a la opresión política no implica la automática incorporación de las masas a la lucha revolucionaria, o incluso la aceptación de la idea de la necesidad de un cambio revolucionario. Tampoco basta el desenvolvimiento de una crisis económica, o el ejercicio de la represión. Abandonada a sus propios impulsos, la gente puede producir estallidos violentos, irrupciones dramáticas, espectaculares pero políticamente intransitivas. O bien, puede optar por una respuesta evasiva: migrar, cambiar de país, buscar horizontes nuevos. Es la articulación de las masas en una organización política revolucionaria la que abre la posibilidad de una lucha eficaz, y otorga virtualidad transformadora a las rebeliones y protestas populares. El *pueblo*, como concepto político y como proceso real, se constituye en la lucha contra el orden establecido.

El terreno político de la Nicaragua de Somoza reproducía el panorama de contradicciones sociales sin resolución para las masas. Los sucesivos pactos entre el Partido Conservador y la dictadura demostraban que no era en la oposición tradicional —más tradicional que opositora— donde las masas populares podían expresar sus ansias de emancipación. La masacre del 27 de enero de 1967 añadió a la evidencia histórica una ratificación trágica. La incapacidad de la izquierda tradicional para insertarse en las masas y plantear una estrategia revolucionaria acorde a las características reales de la sociedad nicaragüense, y la falta de interés del neorreformismo en hacerlo, cerraban dichas posibilidades también por este lado. Es posible plantear en este sentido, al menos como hipótesis, la existencia de un desfase ideológico relativamente marcado entre las bases populares y las dirigencias establecidas. En algunos casos, parece haberse tratado, directamente, de proyectos diferentes; en otros, de la incapacidad de las dirigencias por ligarse al modo efectivo en que las masas vivían la explotación social y la opresión política, y de reconocer el nivel real de conflicto que ellas encerraban.<sup>55</sup>

---

55 Una investigación efectuada a mediados de la década de los setenta permite vislumbrar este desfase entre obreros y dirigentes sindicales de la industria textil. Si bien las bases aparecen con una óptica mucho más reivindicacionista que los dirigentes —en el sentido que visualizan al sindicato sobre todo

El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro (10 de enero de 1978) fue el detonante que activó el estallido popular. La muerte de quien hasta ese momento aparecía como el crítico personal más firme a la dictadura lanzó a la calle a la gente, a expresar con violencia su rabia acumulada; marchando, gritando, rompiendo, quemando, lanzando su ira de manera inorgánica pero unidireccional, en una mezcla de conciencia e instinto, contra los personeros y las propiedades de la dictadura:

Yo empecé a participar después de la muerte de Pedro Joaquín [Chamorro]. Antes los que participaron, pues, uno no los conocía; los que saltan eran muy callados y concretos. No hablan estas masas de ahora [...] todo esto. Esto empezó ya con la muerte de Pedro Joaquín. Ya, pues, era un agigantamiento; fue entonces cuando la gente ya no tenía miedo, una manifestación tras otra; hasta quemaron casas y fábricas y todo.<sup>56</sup>

Las movilizaciones callejeras no eran algo nuevo en la lucha contra la dictadura. Durante la década de 1970 sobre todo, el FSLN había impulsado marchas estudiantiles, movilizaciones campesinas, tomas de escuelas y de iglesias, y similares. Sin perjuicio de su eficacia agitadora y propagandística, se trataba de formas de protesta que reclutaban a sectores específicos de la población y que apuntaban a objetivos determinados: libertad a los presos políticos, denuncia de las torturas y desapariciones, etcétera; su creciente anclaje en el pueblo no impedía ver que todavía en amplios sectores de las masas privaba el miedo

---

como instrumento para obtener mejoras salariales, ocupacionales, educativas—, la politización de la dirigencia resulta más abstracta, menos ligada a los datos de la sociedad real. Todos los dirigentes contestaron que su objetivo era vivir “en una sociedad sin diferencias de clases”, frente a 11% de los obreros; asimismo, un 50% señaló al sistema capitalista como responsable de la mala situación, frente a sólo 3% de las bases. Pero 39% de los obreros respondió que para alcanzar una sociedad mejor era necesario cambiar al gobierno, frente a 17% de los dirigentes. 59% de los obreros contestó que los ricos tienen mucho dinero “porque explotan a los pobres”, y otro 18% “porque han robado” —es decir 77% en conjunto—, mientras que entre los dirigentes ambas respuestas suman sólo 25%, pero otro 33% respondió que deben su riqueza a que “son trabajadores”. Finalmente, a la pregunta “¿Qué partido cree que va a ganar popularidad entre el pueblo en los próximos años?”, 37% de los obreros contestó “FSLN” convirtiéndolo en la primera opción, mientras que la mitad de los dirigentes planteó la necesidad de crear un partido clasista, “de los trabajadores”, y ninguno mencionó al Frente. Cf. M. Pasos. *Grado de desarrollo de conciencia de clase sindical de un grupo de obreros de Managua*, Universidad Centroamericana. Escuela de Sociología. Managua, octubre de 1977, mimeografiado.

56 Testimonio recogido por E. Maier, op. cit., p. 93.

a aceptar ,los riesgos que implicaba incorporarse a estas formas de lucha: caer preso o desaparecer, ser golpeado, torturado, perder la vida.

El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro terminó con todo esto. Es evidente que algo en el corazón y en la razón de las masas se quebró definitivamente con ese crimen; que para muchísima gente del pueblo esa muerte fue la prueba final, brutal, contundente, de que nadie estaba a salvo de la dictadura, de que no había posibilidad de escapatoria al margen de la eliminación de la dictadura y de una acción directa de las propias masas. No era solamente el dirigente de UDEL, o el director de *La Prensa*, o el hombre internacionalista respetado, quien había sido asesinado:

[...] esa noche yo tuve la sensación de que más que a Pedro Joaquín, era a la oposición a Somoza a la que habían matado.<sup>57</sup>

En todo caso, era un tipo determinado de oposición la que moría con Chamorro: la de los cambios dentro del sistema social vigente, de la modernización reformista, del capitalismo sin corrupción y sin excesos represivos. Para las masas, moría la esperanza, o la fantasía del cambio sin esfuerzos propios y la ilusión de la suficiencia del esfuerzo ajeno, e irrumpía violenta la convicción de que ya no cabía otra oposición que la que desde hacía casi veinte años el FSLN venía articulando.

Desde ese momento el pueblo no habría de abandonar las calles. Un mes después, la represión en Monimbó a una movilización con motivo de un nuevo aniversario del asesinato de Augusto C. Sandino, iniciaría la insurrección popular que habría de sellar definitivamente la integración orgánica de las mayorías populares con la vanguardia revolucionaria: si las masas se lanzaron espontáneamente a las calles, se consolidaron en ellas y triunfaron sobre la dictadura a través de la organización y las armas sandinistas.<sup>58</sup> Lo que en octubre de 1977 fueron acciones de vanguardia, y en enero de 1978 una explosión de masas, a partir de Monimbó y Masaya sería insurrección revolucionaria:

---

57 Testimonio de un dirigente del Movimiento Pueblo Unido, recogido por el autor.

58 “La verdad es que siempre se pensó en las masas, pero se pensó en ellas más bien como un apoyo a la guerrilla, para que la guerrilla como tal pudiera quebrar a la Guardia Nacional, y no como se dio en la práctica: fue la guerrilla la que sirvió de apoyo a las masas para que éstas, a través de la insurrección, desbarataran al enemigo.” Comandante H. Ortega. “La insurrección nacional victoriosa”. *Nicaráuac*, n. 1, mayo-junio de 1980, pp. 26-57.

Para ese entonces ya sabíamos que andaba por aquí el Frente Sandinista, pero había quienes nos imaginábamos que iban a venir aquí en columnas, o algo así. Fue hasta después que nos dimos cuenta de que el Frente éramos nosotros; que ellos iban a orientar, pero que éramos nosotros, al lado de ellos, los que teníamos que luchar. Ese día comenzaron a salir los pañuelos rojo y negro. Por primera vez comenzamos a participar todos en la lucha. Me acuerdo que nos pusimos todos a alzar barricadas para que no entrara la Guardia; pero el problema era que no teníamos armas, pero eso no importaba. Nosotros decíamos “O triunfamos o nos matan a todos”.

La lucha de nosotros era la lucha de todo el pueblo. Sólo creíamos en el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Nosotros nunca vimos combatiendo a esos burgueses que ahora dicen que ayudaron. Nosotros nunca vimos a los que dicen que son de los Derechos Humanos. Nosotros nunca vimos a nadie más que a nuestros hijos, que eran y son el Frente.<sup>59</sup>

## 5. CONSIDERACIONES FINALES: DEL SUJETO SOCIAL AL SUJETO HISTÓRICO

La ambigüedad estructural de la pequeña propiedad y la pequeña producción rural y urbana tiende a resolverse en el capitalismo por la ruptura de su contradictoria unidad y la evolución de los agentes respectivos hacia alguno de los polos fundamentales de la estructura de clases. Este movimiento puede ser más o menos rápido, más o menos violento, según los casos, pero siempre tiene lugar en el marco de un sistema capitalista que se reproduce de manera ampliada. Además, supone un campesinado y un artesanado que son producto de formas precapitalistas de producción. El proceso contradictorio de proletarización/burguesización de la pequeña propiedad, su progresiva diferenciación, testimonia la superación de esas formas atrasadas de producción, por la fuerza del capital.<sup>60</sup>

¿Es éste el caso de Nicaragua, y de la Revolución Popular Sandinista?

---

59 Testimonio de una madre de Masaya, en *Los muchachos*, n. 9, febrero de 1983, pp. 6-8.

60 Cf. por ejemplo la crítica de Lenin a los populistas rusos: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, ed. Estudio, Buenos Aires, 1973; *El contenido económico del populismo*, ed. Siglo XXI, Madrid, 1974; *Sobre el problema de los mercados*, ed. Siglo XXI, Madrid, 1974; *¿Quiénes son los “Amigos del Pueblo” y cómo luchan contra los socialdemócratas?*, *ibid.*

En páginas anteriores se ha señalado que, a diferencia de otras formaciones económico-sociales, en Nicaragua el desarrollo del campesinado y de las masas trabajadoras urbanas con las características que se han identificado más arriba, obedece a la dialéctica del capitalismo dependiente y no a la lógica del precapitalismo; son por lo tanto producto de las formas más avanzadas de la valorización del capital en la formación nicaragüense, no de sus formas más primitivas, por más que, comparativamente, se trata de formas primitivas de valorización.

Por otra parte, puede tal vez discutirse si el capitalismo dependiente, tal como se configuró en Nicaragua, había agotado o no sus posibilidades de expandir las fuerzas productivas, pero parece indiscutible que la Revolución Popular Sandinista no tiene en su proyecto la reproducción ampliada del capitalismo; independientemente de lo que signifique, en las condiciones de la Nicaragua revolucionaria, una economía *mixta*. La creación de un Área de Propiedad del Pueblo sobre la base de la confiscación de las propiedades del somocismo y allegados, y las nacionalizaciones posteriores, configuran un sector de la economía que, en principio, comienza a funcionar a partir de criterios que no son la extracción de plusvalía y la optimización de la ganancia privada; la inversión privada ha caído sensiblemente y la ganancia empresarial está regulada por la política financiera y por las movilizaciones de masas.<sup>61</sup>

La amplia participación de la pequeña burguesía en los movimientos insurreccionales plantea la cuestión del carácter de clase de los procesos revolucionarios de los que aquéllos forman parte. En el caso de Nicaragua ¿cuál puede ser el carácter de clase de una revolución en la que la pequeña propiedad y producción han jugado un papel tan relevante, en términos cuantitativos? Las transrroflaciones socioeconómicas que se impulsan ¿pueden tener un carácter *proletario* en una formación social donde el proletariado es una fuerza tan reducida, y en un proceso en el cual el proletariado, si bien tuvo una participación importante, no es empero mayoría?

Algunos intelectuales han respondido a esta interrogante de manera negativa. Dadas sus bases sociales efectivas, la Revolución Sandinista carecería —se argumenta— de “fuerza” para alcanzar un carácter verdaderamente *proletario* y, por lo tanto, *socialista*. La etapa actual, democrática, popular y antimperialista, sería de acuerdo a este enfoque, también su

---

61 Cf. C. M. Vilas, “Las contradicciones de la transición: Clases, nación y Estado en Nicaragua”, en *Estado y clases sociales en Nicaragua* cit., pp. 89-124.

techo, por falta de un sujeto social proletario suficientemente vigoroso para impulsar avances y profundizaciones en aquel sentido.

Ahora bien: el peso social reducido del proletariado en comparación con el campesinado y las masas artesanas, semiproletarias, pequeñoburguesas, hace sin duda más compleja la situación del predominio clasista de aquél, pero no lo rechaza como cuestión de principio. Resulta necesario distinguir aquí los dos momentos de todo proceso revolucionario: el momento político-democrático (la lucha contra el Estado opresor) y el momento de las transformaciones en la estructura económica, así como diferenciar el modo en que éstos se conjugan en las revoluciones burguesas y en las revoluciones populares.

La burguesía fue antes clase socialmente dominante que clase políticamente dominante; revolucionó primero la sociedad para después conquistar el poder político. En las revoluciones populares, en cambio, la relación se da al revés: es necesario apoderarse primero del poder político para impulsar luego, desde el nuevo Estado, las transformaciones de la base económica. No son dos procesos distintos, pero sí dos dimensiones o niveles que involucran métodos y estrategias diferentes y, eventualmente, alianzas distintas.

El *sujeto social* de la lucha contra el Estado opresor no es necesariamente el mismo que el *sujeto histórico* de las transformaciones revolucionarias de la estructura material de la sociedad. El primero dice relación con el *perfil sociológico empírico* de las *tropas* revolucionarias; el segundo se refiere al *proyecto político de clase* que conduce la *guerra* y que, por lo tanto, determina el alcance, la profundidad y el sentido de las transformaciones revolucionarias.

La articulación entre aquél y éste señala el camino de la transición de lo popular a lo proletario, el paso dentro de la revolución de la hegemonía de las fuerzas populares en la lucha antidictatorial y antimperialista, a la hegemonía obrera en el campo popular. Aquélla se construye en el marco del *ancien régime*, determina el modo en que el Estado que lo articula y defiende es destruido, y el carácter de la etapa que esa destrucción abre. La segunda se configura dentro del campo popular y apunta al horizonte histórico de la revolución como proceso global.

Todo asalto al poder opresor convoca a los más amplios sectores sociales sometidos por él, independientemente del contenido de clase del proyecto histórico. No sólo las revoluciones del Tercer Mundo movilizan al campesinado, la pequeña burguesía, etcétera,

en cifras más abultadas que las del proletariado mismo. También en las barricadas del París revolucionario de 1789 el artesanado era mayoría. Lo que da carácter de clase a la revolución es el proyecto histórico que promueve: la línea que impulsa. Y si no hay dudas para asignar a la Revolución Francesa carácter burgués, pese a que la burguesía era minoría en las trincheras, ¿por qué ser más exigentes con las revoluciones populares, y negar en principio carácter de clase proletario a su proyecto histórico, porque en sus barricadas hubo más artesanos que obreros?

La experiencia internacional es rica y aleccionadora en este sentido,<sup>62</sup> y nada, en la trayectoria de estos primeros cuatro años de la Revolución Sandinista, permite sugerir que estemos en presencia de un caso desviante o en la etapa final de un proceso. Antes bien, según todo lo indica, las cosas recién empiezan. Las contradicciones protagonizadas por el campesinado, los trabajadores artesanales, la juventud, no bastan por sí solas para poner en cuestión el desenvolvimiento del capitalismo, pero la lucha del movimiento obrero por profundas transformaciones sociales y formas superiores de vida no tiene viabilidad al margen de tales contradicciones. El alcance, las características específicas y las contradicciones internas de esta etapa no se pueden someter a fórmulas abstractas o a razonamientos mecánicos. En este nivel, es la configuración concreta de cada proceso la que otorga las claves para la interpretación de su desenvolvimiento real.

---

62 Cf. por ejemplo sobre el caso cubano S. Farber, "The Cuban Communists in the early stages of the Cuban Revolution", *Latin American Research Review*, XVIII, 1 (1983), pp. 59-83; sobre Vietnam, F. Houtart y G. Lemercinier, *Sociologie d'une commune vietnamienne*, CRSR, Louvain-la-Neuve, Université Catholique de Louvain, 1981; sobre Angola, Madiki-Ku-Ntima. "Class Struggle and the Making of the Revolution in Angola", *Contemporary Marxism*, 6 (1983), pp. 119-41; M. Piñeiro Losada, "La crisis actual del imperialismo y los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe", *Cuba Socialista*, 4, septiembre-noviembre de 1982. pp. 15-53.